

## POEMA DE MIO CID (fragmento adaptado a teatro)

INFANTES DE CARRIÓN:

Podéis creerlo muy bien, doña Elvira y doña Sol,  
vais a ser escarnecidas en este monte de horror.

Nosotros nos marcharemos y aquí quedaréis las  
dos;

no tendréis parte ninguna en las tierras de  
Carrión.

Llegará la nueva a oídos de mío Cid Campeador;  
de esta forma vengaremos el asunto del león.

NARRADOR:

Allí les quitan los mantos, y las pieles a las dos  
hasta que a las dos dejaron en camisa y ciclatón.  
Las espuelas traen calzadas como las calza un  
traidor,  
y las cinchas en la mano que fuertes y duras son.

Cuando esto vieron las damas así hablaba doña  
Sol:

DOÑA SOL:

Ya, don Diego y don Fernando, os lo rogamos por  
Dios,  
espadas fuertes, filosas, sabemos que tenéis vos,  
a una llaman Colada, a la otra llaman Tizón.

Cortadnos nuestras cabezas, seamos mártires las  
dos.

Los moros y los cristianos hablarán de esta razón,  
que aunque no lo merecemos, con maldad se nos  
trató.

Estas ruines acciones no hagáis a nosotras dos;  
el castigo que nos deis, os envilecerá a vos,  
y en las vistas o en las cortes demandarán vuestro  
honor.

NARRADOR:

Esto rogaban las damas, mas de nada les sirvió,  
comienzan a castigarlas los infantes de Carrión,  
con las cinchas corredizas les pegan sin  
compasión,  
con las agudas espuelas donde les da más dolor  
rompiéndoles las camisas y las carnes a las dos  
por los ciclatones rotos, la hermosa sangre corrió.  
El dolor lo sienten ellas adentro del corazón.

¡Qué gran ventura sería si quisiese el Creador  
que asomara en ese instante el mío Cid  
Campeador!

Sin conciencia las dejaron los infantes de Carrión,  
ciclatones y camisas, de sangre se les llenó.

De pegar y maltratarlas, bien se cansaron los dos  
esforzándose por ver quién les pegaba mejor.

Ya no podían hablar doña Elvira y doña Sol.

En el robledo de Corpes, dejan por muertas las  
dos.

Lleváronseles los mantos, de armiño las pieles  
finas

y las dejan desmayadas en briales y camisas  
a las aves de los montes y a las bestias que allí  
había.

Que por muertas las dejaron, sabedlo, que no por  
vivas.

¡Qué ventura si asomase, ahora mío Cid Ruy Díaz!